

I

ECUMENISMO DOCTRINAL

LA PALABRA DE DIOS CONVOCA A «UNA» IGLESIA

DIONISIO YUBERO GALINDO
Canónigo Lectoral de Segovia

Esquema general:

Presentación.

- I.—La Iglesia a la luz del Antiguo Testamento.
- II.—La Iglesia del Nuevo Testamento.
- III.—La UNIDAD de la Iglesia en San Pablo.
- IV.—La UNIDAD de la Iglesia en San Juan.

Conclusión.

PRESENTACION

“Promover la restauración de la Unidad entre todos los cristianos es uno de los fines principales que se ha propuesto el Concilio Vaticano II”.

Justamente con estas mismas palabras empieza la Introducción o Proemio del Decreto de Ecumenismo.

Con este Decreto el Concilio pretende establecer por parte católica, las bases del diálogo entre los cristianos separados. Ya el Papa Pablo VI en el discurso de apertura de la III Sesión conciliar trazaba la línea de trabajo del Concilio en este sentido, que era la de preparar los caminos de lo que él mismo llamaba la “recomposición de la Unidad”. El diálogo, pues con los hermanos separados, se encontraba así precisado, por lo que respecta a los católicos, como la gran obra del redescubrimiento de la UNIDAD.

“Cristo SI; la Iglesia, NO”. Este “slogan” expresa bastante bien el pensamiento de tantos hombres de nuestros días con relación a la Iglesia.

Ya en el siglo IV y V los cristianos ante las discusiones de San Agustín con los donatistas, se preguntaban entre escépticos y admirados: “¿Dónde está la verdadera Iglesia?” (P. L. 43, 341-446).

Y en los tiempos tumultuosos y revueltos de la reforma protestante en el siglo XVI, los cristianos se preguntaban llenos de dudas: “¿Qué es la Iglesia?”.

En tiempos no muy lejanos a nosotros la pregunta era esta: “¿Para qué sirve la Iglesia?”.

Finalmente el Concilio Vaticano II, en frase aguda y profunda de Pablo VI se ha hecho también esta pregunta: “¿Iglesia, qué dices de ti misma?”.

Recordemos a este respecto los dos modos que hay de ver y contemplar una vidriera de colores. Uno es *mirarla desde fuera*. Así vemos tal vez algunos trazos, pero el conjunto nos resulta incomprensible. Esto sucede porque la vidriera ha sido diseñada para ser contemplada no por fuera, sino para ser vista desde dentro.

Para contemplarla bien, no hay más que un medio: “Entrar en el interior del edificio”. Entonces desaparecen las sombras, todo en ella se ilumina de luces y colores y aparece la vidriera en todo su esplendor y en toda su fantástica belleza.

Este es el caso de la Iglesia. Se la puede mirar desde fuera, en su historia y en su organización. Pero vista así la Iglesia desde fuera únicamente y con sola la luz de la razón, aparecerá las más de las veces como un enigma, a veces como un caos y hasta tal vez en ocasiones no sin escándalo.

La Iglesia como la vidriera de colores debemos contemplarla desde dentro, o sea a *la luz de la fe*. La Iglesia ante todo y sobre todo es un MISTERIO: Un "Misterio de Amor", como la Encarnación y como la Redención.

Esto supuesto, ¿quién, mejor que Dios mismo para desvelarnos un tanto este "Misterio de Amor en la Unidad, y de la Unidad en el Amor que es la Iglesia?"

Y ¿quién, mejor, que la Palabra misma de Dios para preguntarle nosotros ahora: ¿Qué nos dice de la Iglesia?

Realmente el conocimiento del Antiguo y del Nuevo Testamento es particularmente indispensable para la mejor comprensión de la Iglesia.

En efecto, como observa agudamente San Agustín en su comentario al Salmo 30, "los profetas han preanunciado más claramente a la Iglesia que al mismo Jesucristo". La Iglesia ha sido preanunciada abiertamente mientras que Jesucristo lo ha sido veladamente.

La economía misma del Antiguo Testamento, la existencia del Pueblo judío fueron ya profecía, anuncio y preparación del verdadero Pueblo de Dios: la Iglesia de Cristo.

Todo el Pueblo de Israel es por tanto "un Pueblo profético".

La Sagrada Escritura refiere la historia progresiva de la Alianza de Dios con la humanidad. La Palabra de Dios nos da a conocer la naturaleza íntima de la Iglesia, "el lugar actual de la existencia del Pueblo de Dios".

Por eso, si muchos de los contemporáneos apenas si rebasan el aspecto humano de la Iglesia, sociedad mundial bien encuadrada, de hombres unidos por las creencias y por el culto; en cambio la Sagrada Escritura, hablando a nuestra fe, la designa como un misterio oculto en otro tiempo en Dios, pero hoy descubierto y en parte realizado (Ef. 1,9 s.; Rom. 16, 25 s.).

Misterio de un pueblo todavía pecador, pero que posee las arras de la salud, porque es la extensión del cuerpo de Cristo, el hogar del amor; misterio de una institución humano-divina en la que el hombre puede hallar la luz, el perdón y la gracia, "para alabanza y gloria de Dios" (Ef. 1, 14).

LA IGLESIA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La Iglesia es la comunidad de los hombres beneficiarios de la salvación en Jesucristo (Hec. 2, 47). Pero el designio de la

salvación es eterno. Y si bien es verdad que culmina en esta comunidad, llamada Iglesia, fue no obstante concebido por Dios “desde antes de la creación del mundo” (Ef. 1. 4) como dice San Pablo, y es esbozado entre los hombres ya desde Abraham.

La Iglesia es anunciada y preparada como Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. La Escritura nos refiere la historia progresiva de la Alianza de Dios con la humanidad.

He aquí en síntesis y esquema el cuadro general de las “Etapas características” en la Historia del Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento.

I.—*Abraham: El anuncio y la promesa del “Pueblo de Dios”* (hacia 1850 a. de C.).

Lectura bíblica: Génesis 12-22. Sal. 105; 106; 107; 77; 78.

II.—*Moisés: La Alianza y la Constitución del Pueblo de Dios* (año 1225 a. de C.).

Lectura bíblica: Esodo, Levítico, Números, Deuteronomio. Salmos: 68, 8-11; 77, 14-21; 78, 12-58; 81; 14; 135, 8.

III.—*Josué: Ingreso en la Tierra Prometida.*

Lectura bíblica: Josué y Jueces. Sal. 44.

IV.—*David: El Reino* (hacia el año 1000 a. de C.).

Lectura bíblica: I y II de Samuel; Sal. 2-6; 18; 45-78; 89; 90, 132.

V.—*Los Profetas: El pecado del Pueblo* (Después del Cisma 935).

Lectura bíblica: I y II de los Reyes. Sal. 106, 34-43.

Profetas: Elías, Eliseo, Amos, Oseas (Reino Norte). Isaías, Jeremías, Miqueas (Reino Sur).

VI.—*El Destierro: La purificación del Pueblo* (a. 586-438).

Lectura bíblica: Sal. 14; 25; 51; 74; 79; 80; 106, 40-47; 136; 137.

Profetas: Ezequiel; Isaías 40-66; Lamentaciones.

VII.—*La Restauración y el Judaísmo* (Período persa 538).

Lectura bíblica: I y II Paralipomenos; Esdras y Nehemías. (Período griego 333). I y II Macabeos (al a. 170 a. de C.). Sal. 120-134 (Salmos graduales).

Profetas de la Restauración: Ageo y Zacarías; Joel; Malaquías y Daniel.

NB. Son testigos del progreso de la vida religiosa en esta Etapa: Judit, Ester, Sabiduría: el afinamiento religioso. Rut, Tobías, Jonás: el Universalismo (Cfr. Ricciotti. Hist. Isr.).

De todos estos “momentos” o etapas características del Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, que es profecía, anuncio y preparación del verdadero Pueblo de Dios: la Iglesia, vamos a fijarnos por ahora en tres nada más: Abraham; la Alianza; el Reino.

La Iglesia, descendencia de Abraham.

Dios revela el Misterio de su vida íntima sólo en el momento mismo en que revela que la humanidad será llamada a participar de ella. Hay una correlación perfecta entre la revelación del Misterio de Dios y la revelación del Misterio de la Iglesia. Es contemporánea la revelación del verdadero Dios: El o Elohim, y la revelación de la promesa del Pueblo de Dios (Gen. 12-22). Pero lo primero que Dios revela es el misterio de Unidad, después, bastante después revelará el Misterio de su Trinidad de Personas. Así también, Dios empezó con la revelación del misterio *de nuestra unidad* en el Pueblo de Dios.

Ahora bien en la Historia de la Salvación la primera revelación histórica del verdadero Dios y del anuncio y promesa del Pueblo de Dios arrancan desde Abraham.

Con la elección de Abraham, sellada ya por una alianza (Gen. 15-18) se inicia prácticamente el proceso decisivo de formación de un pueblo de Dios. Abraham es verdaderamente el “PADRE”, el que inicia la historia del pueblo de Dios.

Es a Abraham a quien Dios hace la promesa (Gen. 15, 1-6) de un heredero; de una descendencia numerosa y de una Tierra (Gen. 12, 1-4). Dios a cambio pide a Abraham su Fe en El.

Estas promesas de Dios se realizan por primera vez en la que pudiéramos llamar “Iglesia del Antiguo Testamento”, toda vez que a saber:

el heredero es “Isaac”

la descendencia es el “Pueblo Hebreo”

la heredad es la “Tierra prometida”.

Pero estas promesas de Dios a Abraham se actualizan definitivamente en la que llamaremos "Iglesia del Nuevo Testamento", a saber:

el heredero es "Jesucristo" (Gal. 3, 17)

la descendencia es la "Iglesia" (Gal. 3, 29)

la heredad es la "vida misma de Dios" (Gal. 4, 6-7, la verdadera "Tierra Prometida" es el cielo).

Así pues, la Iglesia es la verdadera descendencia prometida a Abraham, esto es la unión de todos aquellos, que como Abraham, creen en Dios y en sus promesas. Y los verdaderos hijos de Abraham, herederos de las divinas promesas, son por tanto, los creyentes (Gal. 3, 7).

La Iglesia del Nuevo Testamento es por tanto el Pueblo nuevo en continuidad con el Pueblo del Nuevo Testamento.

Abraham es, pues, el Padre de los creyentes.

La Iglesia es la Descendencia de Abraham.

Los cristianos son hijos de Abraham y herederos de las promesas.

Pero subrayemos ya desde ahora la diferencia entre la figura y la realidad. *La trascendencia* que hay entre el antiguo Israel y el nuevo: la Iglesia de Jesucristo.

De esta raza bendita, cuyo tronco es Abraham, saldrá Cristo, en quien tendrán plenamente cumplimiento las promesas (Gal. 3, 16) y que a su vez fundará el pueblo definitivo, la Iglesia, descendencia espiritual de Abraham el creyente y Padre de los creyentes (Gal. 4, 21-31; Rom. 2, 20 s.; 4, 16; 9, 6).

Entrando en la Iglesia de Jesucristo mediante la fe es como todas las naciones serán benditas en Abraham (Gal. 3, 8 s.). Y la heredad será no una tierra, sino la vida misma divina de Jesucristo "Y si hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo" (Rom. 8, 17; Gal. 3, 14).

La Iglesia Nueva Alianza.

El libro del Exodo es un esbozo de la Historia de la Salvación. Por esto todos los acontecimientos del Exodo tienen una extraordinaria importancia. Dios, Yavé establece una Alianza con Israel por la cual hace de este pueblo escogido el ins-

trumento de su plan de salvación sobre el mundo (Ex. 19-24). En el Génesis se nos habla de una familia, una elección en su punto de partida, y una promesa. Aquí en el Exodo se realiza la elección, en la familia surge un pueblo, y la promesa de posesión de una Tierra se esboza ya como una realidad inmediata.

Pero el acontecimiento cumbre del Exodo es la Pascua, el más importante sin duda de toda la historia del Pueblo de Dios.

Al darle la ley a Moisés le dijo Yavé: "Si observais mi Alianza vosotros seréis mi pueblo entre todos los de la tierra, porque toda la tierra es mía, pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa" (Ex.).

Aquí tenemos un doble empeño y compromiso: por parte de Dios y por parte del pueblo. Por parte de Dios: Dios se hace aliado de su pueblo y excluye a todos los demás. Yavé para Israel es verdaderamente el "Dios-con". Y por parte del Pueblo: Fuera de Yavé, su Dios, Israel no debe tener otro aliado; ni buscar apoyo en los pueblos vecinos y en sus Baales o sus dioses falsos. Esta Alianza santifica al Pueblo consagrado exclusivamente a Yavé, su Dios. Y esta Alianza es sellada con sangre, la sangre del cordero.

Por eso la Alianza definitiva, la Nueva Alianza será también ella sellada, pero esta vez con la sangre del verdadero Cordero, la Sangre de Cristo. Así el misterio pascual prefiguraba el misterio eucarístico; y todos los días las palabras de la consagración nos recuerdan esta economía de salvación: "Este es el cáliz de mi sangre, la sangre de la Nueva y Eterna Alianza".

Subrayamos, pues, una vez más la *trascendencia* de esta Alianza, que extendida al mundo entero, es una Alianza del todo "Nueva". Como prueba concreta y tal vez la más brillante al respecto fijémonos brevemente en la Epístola a los Hebreos, la cual nos muestra claramente cómo la Nueva Alianza realiza y completa de manera trascendente la Alianza mosaica.

La Carta a los Hebreos exalta la superioridad de esta Nueva Alianza en cuanto a sus tres puntos principales; el Mediador; el Sacerdocio; el Sacrificio.

Superioridad del *Mediador* (Hebr. 3). Jesús es el Mediador de la Nueva Alianza como Hijo de Dios, mientras que Moisés era el mediador de la antigua alianza en calidad de siervo de Dios.

Superioridad del *Sacerdocio* (Hebr. 5; 6; 7). Jesús es el "Sacerdote perfecto", sin mancha inmaculado y eterno, mien-

tras que los sacerdotes de la antigua alianza eran mortales y debían ofrecer sacrificios por sus propios pecados.

Superioridad del *Sacrificio* (Hebr. 8; 9; 10). Ofrecido en el real santuario, Jesús mismo, y no ya más en el templo hecho por mano de hombres; constituido por la sangre misma de Jesús y con sangre de animales; sacrificio definitivo, único y perfecto. Este “Sacrificio perfecto” sustituirá ya para siempre en la Iglesia los múltiples sacrificios de la antigua alianza. Así también toda la organización religiosa de la vieja alianza sería sustituida por la organización religiosa de la Iglesia de la Nueva Alianza, la Iglesia de Cristo.

La Iglesia Nuevo Reino.

Una de las etapas o momentos característicos en la historia del pueblo de Dios es la del Rey David. Esta etapa señala el principio del “Mesianismo real”.

El sentido profundo y religioso de la Realeza en Israel era este: que Yavé, Dios, era el verdadero Rey de Israel era una “Teocracia”.

A este respecto conviene tener presente la famosa profecía de Natán a David, que leemos en dos textos paralelos del Antiguo Testamento: El primero es el II de Samuel 7, 1-17, y el segundo el I de las Crónicas 17, 1-15. Textos que podrían confrontarse con otro del N. T. en el Evangelio de San Lucas 1, 26-32, las palabras del ángel a María en la Anunciación.

La profecía de Natán a David tiene trascendencia mesiánica ya en el libro de Samuel, más clara en el libro de las Crónicas y clarísima, naturalmente, en el Evangelio de San Lucas. La profecía se basa en una oposición, a saber: no es David el que construirá una casa —el templo— a Yavé; será Yavé el que se la construya a David. Tenemos aquí el paso del significado de “casa-habitación” a “casa-descendencia”. Se promete a David aquí la permanencia estable de su trono y así lo entiende él como puede verse en los versos siguientes (18-30). La profecía trasciende por tanto a su hijo Salomón y demás descendientes, pues en su claro-oscuro profético deja entrever un personaje misterioso y privilegiado descendiente de David en quien Dios se complacerá de manera especial. Este es el primer anillo de las profecías mesiánicas que consideran al Mesías como hijo de David hasta llegar al anuncio luminoso y espléndido del ángel a María en Luc. 1, 32 ss.

En síntesis esta profecía de Natán a David señala el principio del “Mesianismo real”; esto es: la fe en la salvación del mundo mediante la realeza israelita, especialmente la de la casa de David.

Así: El más grande *Rey* es *David*. Su persona y su reino son figura y profecía de *Cristo* y de la *Iglesia*:

David nace en *Bethelém*, como Jesús.

Es *pastor*, como Jesús será el Pastor.

Es *Rey*, como Jesús será Rey.

Es llamado “cristo” o sea “ungido”, como Jesús será el “Cristo”, el “Ungido” o consagrado por la divinidad misma.

El reina en *Jerusalem*, como Jesús establecerá el reino de Dios, empezando desde *Jerusalem*.

Yavé promete a David que el Mesías nacerá de su descendencia y que su reino vendrá a ser el Reino del Mesías (II Sam. 7). Así también Jesús es presentado como Hijo de David (Mt. 1, 1) y la Iglesia como el reino de David (Lc. 1, 31). (Sal. 2; 18; 45; 78; 89; 110).

Así pues, la Iglesia de Cristo es el Nuevo Reino. Con Cristo “el Reino ha llegado”, todas las profecías se han cumplido. Toda la predicación de Jesús mismo es la predicación del Reino. Y toda la obra de Jesús está ordenada a la institución del Reino.

Para los Apóstoles es en Pentecostés cuando se revela la verdadera noción de Cristo y al mismo tiempo la verdadera noción del Reino. Y la comprensión más exacta de Cristo les lleva a una comprensión más cabal de su Reino.

A este respecto el ejemplo más característico le tenemos en San Pablo. Recibe al mismo tiempo la revelación de Cristo y de la Iglesia. Así, cuando es derribado del caballo, camino de Damasco, Cristo mismo se le revela a él en su Iglesia: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Hec. 9, 5).

En San Pablo se ve palpablemente que el progreso en su conocimiento de Cristo es proporcionado, está en relación con su conocimiento de la Iglesia. Y este sería un estudio muy interesante confrontando sus Grandes Cartas a los Romanos, Gálatas y Corintios y las de la Cautividad: Efesios, Filipenses y Colosenses. Allí vemos que el *Misterio de Cristo* —que él tiene la misión de predicar— es el *Misterio de la Iglesia*.

En resumen: “del Pueblo de Dios y del Reino” se pasa así a la idea del “Cuerpo de Cristo”. Como ha escrito a este respecto Cerfaux: “La idea del Pueblo de Dios permanece, pero se interioriza y se hace más espiritual. Así, en lugar de ser simplemente “su pueblo”, la comunidad cristiana es además el “cuerpo de Cristo”. Y su unidad proviene de la vida de Cristo que circula por ella y por cada uno de sus miembros”.

De aquí la unidad extraordinaria que existe entre: a) Cristo y su Reino, la Iglesia; b) la unidad de los miembros entre sí.

LA IGLESIA EN EL NUEVO TESTAMENTO

Veámos cómo el Antiguo Testamento prepara, anuncia y prefigura a la Iglesia. Ahora veremos cómo el Nuevo Testamento aplica al nuevo Pueblo de Dios los nombres del antiguo, pero mediante trasposiciones y contrastes. Hay a la vez ruptura y continuidad. Más exactamente en el N. T. tenemos, no figuras, sino realidad, cumplimiento, trascendencia de la verdadera Iglesia.

Así en el Nuevo Testamento uno y otro —el antiguo y nuevo Israel— son la “ekklesia” pero la palabra significa ahora el misterio desconocido en el A. T., el cuerpo de Cristo (Ef. 1, 22 ss.) y el culto que en él se tributa a Dios es totalmente espiritual (Rom. 12, 1). La Iglesia es Israel pero Israel de Dios (Gal. 6, 16), espiritual y ya no carnal (1 Cor. 10, 18). Es un pueblo adquirido, pero adquirido por la sangre de Cristo (Hec. 20, 28; 1 Pe. 2, 9). Es la Esposa, no más adúltera (Os; Jer. 2-3; Ez. 16), sino inmaculada (Ef. 5, 27). Es la viña, ya no bastarda (Jer. 2, 21) sino fecunda (Jn. 15, 1-8); es el “Reino santo” (Is. 4, 2 s.).

La Iglesia en el N. T. es el Rebaño, ya no reunido una vez (Jer. 23, 3) y luego disperso de nuevo (Zac. 13, 7 s.) sino rebaño definitivo del pastor inmolado y resucitado por él (Jn. 10). Es la Jerusalén de lo alto, ya no esclava sino libre (Gal. 4, 24s.). Es el Pueblo de la nueva Alianza predicha por los profetas (Jer. 31, 31 s.; Ez. 37, 26) pero sellada por la sangre de Cristo (Mt. 26, 2; 28; Heb. 9, 12 ss.; 10, 16), que es su mediador para todas las naciones (Is. 42, 6). Su carta de alianza en el N. T. no es ya la ley de Moisés, incapaz de comunicar la vida (Gal. 3, 21), sino la del Espíritu (Rom. 8, 2) inscrita en los corazones (Jer. 31, 31 s.; Ez. 36, 27; 1 Jn. 2, 27).

La Iglesia del N. T. es el Reino de los santos, anunciado por Daniel y prefigurado por la asamblea divina del Cronista; no más organización de la vida temporal de una nación (J. 18, 36), sino germen por todas partes visible y esbozo espiritual de un Reino invisible e intemporal, en el que la muerte será destruida (1 Cor. 15, 25 s.; Ap. 20, 14).

Finalmente, puesto que el Templo de la nueva economía, no hecho de mano de hombre (Mt. 14, 58) e indestructible (Mt. 16, 18), es el Cuerpo resucitado de Cristo (Jn. 2, 21 s.), la Iglesia, Cuerpo de Cristo es también igualmente el Templo nuevo (2 Cor. 6, 16; Ef. 2, 21; 1 Pe. 2, 5), lugar de una presencia y un culto superior a los de otro tiempo y accesible a todos (Mt. 11, 17).

En resumen: La Iglesia del Nuevo Testamento es la *expresión actual* del designio eterno de Dios y su *medio de realización*: “Expresa” y al mismo tiempo “construye” la unión de la Humanidad en Cristo. En ella y por ella se realiza el encuentro de amor entre Dios y el hombre.

La Iglesia del Nuevo Testamento es el lugar actual, la actualización trascendente del Pueblo de Dios.

Es sobre todo en el N. T. donde aparece la naturaleza íntima —el “Misterio”— de la Iglesia y particularmente su UNIDAD en las frases bíblicas y en las imágenes paulinas de extraordinaria justeza y plasticidad, a saber: La Iglesia, Esposa de Cristo; Cuerpo de Cristo; Templo y “Pleroma” de Cristo.

Analicemos brevemente alguna como ejemplo nada más y limitándonos a las Epístolas de la Cautividad.

Realmente en esta concepción grandiosa y plenísima, del Misterio de Cristo, que San Pablo desarrolla en las Epístolas de la Cautividad, tienen una parte central la Iglesia, que se nos presenta en una vasta panorámica de ambiciosas perspectivas.

Y lo primero que hemos de subrayar al respecto es que según el Apóstol la Iglesia —la “elección”— no ha sido una imprevisión divina; sino que es un proyecto primitivo de Dios, anterior al mismo plan de la creación del mundo (Ef. 1, 4).

El tema central de la Epístola a los Efesios es la Iglesia. Todo el himno introductor: Ef. 1, 3-14, es una continuada mención eclesiológica. El “nosotros” que usa se refiere a aquel pequeño grupo, que constituía entonces el nuevo pueblo de Dios. Pablo piensa en la elección de los fieles como grupo, co-

mo "Iglesia". Y todas las expresiones del texto vienen a desembocar en este sentido comunitario.

En síntesis, la idea de Pablo es clara: la Iglesia —"nosotros"— es el *nuevo Pueblo elegido*. Y esta "elección" divina es un primitivo proyecto de Dios, que ocupaba en la mente divina un lugar superior y anterior al mismo plan de la creación del mundo: "nos eligió en el antes de la creación del mundo" (Ef. 1, 4).

La Iglesia "Cuerpo de Cristo".

Figura profunda y rica eclesiológicamente; compleja también, pero de las que más ayudan a formular en toda su profundidad y trascendencia el Misterio de la Iglesia, siguiendo siempre a San Pablo, que es quien ha calado más hondo en la misma.

El estudio de este tema del Cuerpo de Cristo —que yo me limito a esbozar nada más— podría hacerse en estos tres puntos: A) El Cuerpo de Cristo en las grandes Cartas del Apóstol a los Romanos 12 y I Corintios 12. B) El Cuerpo de Cristo en las Epístolas de la cautividad: Efesios, Colosenses, Filipenses. C) La relación, conexión e interdependencia de la moral y nuestra incorporación a Cristo según San Pablo.

A) *En las grandes Cartas*: Rom. 12 y I Cor. 12 la idea de la *Unidad* ocupa el primer plano. La "Unidad en la multiplicidad", o sea la "Unidad y la coesión entre los grupos y los miembros" (Rom. 12, 4-5; I Cor. 12, 11).

Cristo aparece como principio de vida y de organización, como la cabeza en el cuerpo humano con relación a los otros miembros (I Cor. 12, 21).

Los fieles son miembros de un cuerpo único, y están unidos entre sí como los miembros de un cuerpo. Hay variedad de vocaciones, de dones, de gracias (Rom. 12, 4-5; I Cor. 12, 18). Son miembros los unos de los otros (Rom. 12, 4-5). Y se completan recíprocamente.

El cuerpo por ellos constituido se identifica en cierto modo al Cuerpo de Cristo, a Cristo mismo: "Nosotros formamos un solo cuerpo en Cristo" (Rom. 12, 4-5); "Vosotros sois el Cuerpo de Cristo" (I Cor. 12, 27). "El pan que comemos, ¿no es la comunión del Cuerpo de Cristo? Puesto que sólo hay un pan, nosotros formamos un solo cuerpo" (I Cor. 10, 16 s.).

Nuestra unión con Cristo debe, pues, entenderse en forma muy realista. Nosotros somos verdaderamente sus miembros. Cuando San Pablo dice que todos nosotros formamos un solo cuerpo (I Cor. 12, 12), que somos miembros unos de otros (Rom. 12, 5), no se trata, pues, de una simple metáfora, que el Apóstol explota en esta ocasión (I Cor. 12, 14-26). Su propio cuerpo unifica los miembros múltiples, que forman los creyentes por el bautismo (I Cor. 12, 12-27), y por la comunión eucarística (I Cor. 10, 17). En él cada cristiano tiene una función particular con miras al bien del conjunto (I Cor. 12, 27-30; Rom. 12, 4).

En una palabra, en torno al cuerpo individual de Jesús se realiza la unidad de los hombres, llamados a agregarse a este Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

B) En las Epístolas de la Cautividad vuelve San Pablo sobre esta idea de la Iglesia Cuerpo de Cristo. Pero ahora lo hace presentando la misma doctrina en una perspectiva un tanto diferente, que pone, si cabe aún más de relieve la realidad y la unidad de la Iglesia.

Aquí aparece Cristo, como la “Cabeza”, principio de flujo vital de todo el organismo (Ef. 1, 23). Y la Iglesia como “instrumento vital” de la “Cabeza” Cristo (Col. 2, 19). Ciertamente en la cabeza reside toda la energía vital; sin embargo, aquella necesita del cuerpo como de instrumento para ejercer y actuar esa energía. Cristo, Cabeza, no ejerce su poder soteriológico universal, sino a través de la Iglesia, su Cuerpo (Ef. 1, 23).

En Col. 1, 19 se llama a la Iglesia “Cuerpo de Cristo” al mismo tiempo que se subraya la primacía universal de Cristo sobre la creación. Y Pablo destaca la intervención y primacía en el orden de la Restauración. En este nuevo orden aparece la Iglesia como primera figura. Así Pablo les sale al encuentro a los herejes de Colosas, diciéndoles que ese Cristo detentador de la supremacía cósmica, es también Cabeza de la Iglesia, y esta —la Iglesia— es la *única* que puede llamarse “su Cuerpo”, y es también el *único instrumento vital* del que se vale Cristo para llevar a cabo su amplia obra de restauración y salvación universal.

En resumen: Según la mentalidad semita y hondamente bíblica de San Pablo, la Iglesia es Cuerpo de Cristo, como la mujer lo es del varón. Y así como un marido ama a su mujer

“como a su propio cuerpo“ (Ef. 5, 28), del cual él es la cabeza (Ef. 5, 23), así Cristo ha amado a la Iglesia y se ha entregado por ella (Ef. 5, 25), siendo como es el salvador del cuerpo (Ef. 5, 23). Así la Iglesia es su Cuerpo, su “plenitud” (Ef. 23; Col. 1, 24) y él mismo es la cabeza (Col. 1, 18; Ef. 1, 22) que garantiza la unidad de este cuerpo (Col. 2, 19). Así pues, en este cuerpo somos todos miembros (Ef. 5, 30), no formamos más que uno (Col. 3, 15). En efecto sea cual fuere nuestro origen, todos somos reconciliados para formar un solo pueblo, un solo hombre nuevo (Ef. 2, 14-16). Tal es en su totalidad el desenvolvimiento del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

La unidad formada, pues, por el conjunto de los fieles, presentada también como la unidad de un pueblo, aparece presentada aquí como la unidad de los miembros en un mismo cuerpo. Y la unidad igualmente de los fieles con Cristo, está aquí presentada como la unión de Cristo con su propio cuerpo. Ninguna otra figura subraya más fuertemente la *unión de los fieles entre sí, y la unión de la Iglesia con Cristo*, como esta del Cuerpo de Cristo. La Iglesia, Cuerpo de Cristo es UNA y es SANTA.

(La Iglesia, Esposa; Templo; “Pleroma” de Cristo...).

LA IGLESIA “UNA”, SEGUN SAN PABLO

Todo un tratado completo sobre la *unidad* de la Iglesia nos da el Apóstol San Pablo en el texto famoso de su Carta a los *Efesios* 4, 1-16. 1.º *Lectura del texto* paulino: “La Unidad de la Iglesia” Ef. 4, 1-16. 2.º *Comentario* en breve esquema del citado texto paulino.

En la primera parte de la Carta a los Efesios 1-3 San Pablo hace una magnífica exposición dogmático-bíblica del Misterio de Cristo en el que subraya como tema muy principal el de la Iglesia en el Misterio de Cristo (Ef. 1, 15-2-22). Después en la segunda parte de su Carta el Apóstol se apresura a sacar las ricas consecuencias que de él se derivan para la vida de la Iglesia (Ef. 4, 1-16). Porque ciertamente es la Iglesia, como tal, más que los individuos que la integran lo que ocupa preferentemente la atención del Apóstol.

En síntesis, podemos concebir así, reducida a breve esquema la exhortación del Apóstol San Pablo a conservar la Unidad de la Iglesia (4, 1-16).

Empieza el Apóstol su exhortación aludiendo a la “klesis” divina por la cual Dios nos “ha convocado” para formar un solo pueblo sagrado (v. 1). Para vivir así dignamente es necesario practicar esas virtudes sociales: humildad, mansedumbre, paciencia, mutuo soportarse; las cuales sirven de aglutinante entre los miembros de la misma comunidad cristiana, es decir, la Iglesia (v. 2).

A continuación Pablo enumera las que pudiéramos llamar causas formales de esa unidad eclesial.

a) *El objetivo a lograr* es la “unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (v. 3). Esta unidad no es una resultante “a posteriori” de la unión de todos los que creen en Cristo. Es algo previo y anterior a la integración de cada creyente en la comunidad eclesial. El *Espíritu* es la causa de la unidad eclesial (1 Cor. 12, 11). A los cristianos toca no perder esta unidad, incluso fomentar y aumentarla. Y esto lo conseguirán por medio “del vínculo de la Paz” o sea la unión de corazones y criterios.

b) *El contenido formal* (v. 4) de la unidad de la Iglesia lo constituye “un solo Cuerpo”, animado y vivificado por “un solo Espíritu”, y con un solo programa de acción armónica; “una sola esperanza de la convocación”. Pablo sigue enumerando las causas de la unidad cristiana. Y los motivos que aduce están en la raíz del ser o del existir cristiano; *un solo Cuerpo y un solo Espíritu* (1 Sor. 12, 13).

Los cristianos forman un *Cuerpo*, pero este *Cuerpo* no es la mera resultante de una colectividad, es algo previo a cada uno de los miembros. Por el Bautismo el hombre queda como injertado en este *Cuerpo*, formando parte de él. Y este *Cuerpo* recibe su unidad, no de la mera yuxtaposición de miembros, sino de la acción, teológicamente armónica, de un mismo *Espíritu* que anima, vivifica y unifica todo el *Cuerpo*.

c) *Los medios de incorporación* a la unidad eclesial son *un solo bautismo*, en cuya recepción se acepta *una sola profesión de fe*, que tiene como objeto *un solo Señor*, el reconocimiento de la fórmula-clave de toda la fe cristiana: “*Kyrios-Christos*” (v. 5).

El Apóstol San Pablo en esta su exhortación a la unidad eclesial, va avanzando en una sucesión progresiva de círculos concéntricos. Así en el V. 3 enuncia el tema en toda su ampli-

tud: “la unidad del Espíritu”. En el v. 4 especifica el contenido de esta unidad: se trata de un solo Cuerpo, animado de un solo Espíritu y con un solo objetivo táctico que lograr.

Ahora en el verso 5 describe con brevísimas pinceladas el acto de ingreso, el enrolamiento en esta unidad cerrada de la Iglesia. Así pone mucho más de relieve el Apóstol esta Unidad del Cuerpo eclesial cuando se considera como él hace ahora, que el ingreso en su interior —la pertenencia a la comunidad— hay que hacerlo inevitablemente por una sola puerta: “*un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo*”.

El profesor Cullman en su obra “les premieres confessions de foi chretienne”, París 1948, observa que ya desde el Nuevo Testamento el bautismo fue ocasión de fórmula una confesión de fe (Hech. 8, 36-38; 1 Pe. 3, 18-22). Y esta costumbre continuó ininterrumpidamente, como ya podemos deducir de los mismos Padres Apostólicos (S. Ignacio: Smirn. 1; S. Justo: 1 Apol. c. 61).

Una de las primeras confesiones de fe compuestas para el culto de la comunidad primitiva es, sin duda, el texto citado por Pablo en Fil. 2, 6-11. Indudablemente la fórmula de fe más concisa de aquella Iglesia primitiva debería ser esta: “Jesucristo es Kyrios” (Fil. 2, 11; Rom. 10, 9; 1 Cor. 12, 3).

Por eso, Pablo afirma que para entrar en la Iglesia no más que un *solo bautismo*, y este bautismo requiere *una única profesión de fe*, y esta profesión de fe tiene un solo contenido y una sola formulación: *un único Señor*, Jesucristo.

d) *La causa última de esta unidad* del Cuerpo de Cristo es el riguroso monoteísmo judaico, plenamente incorporado y asimilado por la nueva fe cristiana, a saber: “Un solo Dios y Padre de todos, el que está sobre todas las cosas y a través de todo y en todo” (v. 6).

Pablo concluye su afirmación de la unidad yendo a la causa primera y original de ella *un solo Dios*. En toda la cristología paulina se subraya este concepto de Dios Padre, autor, en última instancia, de la Salvación en Cristo.

A continuación Pablo se hace eco de una dificultad que parece impedir la realización de esta exhortación paulina a la unidad en la Iglesia: la diversidad en la distribución de la Gracia a cada cristiano. Cristo, en efecto, tiene una medida diferente para dar la Gracia a los creyentes. Pablo resuelve la dificultad con una respuesta interesantísima y densa de pensamiento, pero nada fácil de interpretar.

Es cierto que Cristo, por un designio misterioso de su voluntad, da a cada uno una carga diferente de Gracia. En la Iglesia de Dios hay una pintoresca policromía en la distribución de los dones espirituales. Pero no hay miedo a que esta diversidad produzca la anarquía y la dispersión.

Para ello, Cristo ha dejado, tras su Ascensión a los cielos, un cuadro de dirigentes autorizados —los “Apóstoles, los profetas, los pastores y maestros”— para “acoplar a los cristianos en orden a realizar una misma obra, un mismo ministerio: la edificación del Cuerpo de Cristo” (v. 12).

Así pues, viene a decir el Apóstol, no importa esta diversidad frontal de la Gracia, porque, bajo la acción eficientemente canalizadora de esos dirigentes, toda ella converge, en una armonía rigurosamente teológica, a la producción de una misma obra: el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Por consiguiente, para San Pablo, la Iglesia es *Una*, pero no con una unidad “a posteriori”, mera resultante de la yuxtaposición de creyentes cristianos, sino con una unidad previa, que se funda en la unidad constitucional de un solo Espíritu y un solo Cuerpo, y a la que se agregan los creyentes por el único ingreso del Bautismo, en que se profesa un solo Credo.

LA UNIDAD DE LA IGLESIA EN EL EVANGELIO DE SAN JUAN, 17, 1-26

El cap. 17 del Evangelio de San Juan es uno de los más bellos y profundos. Y no sólo del cuarto Evangelio, sino de toda la Biblia. El nos hace penetrar en lo más íntimo de Jesús.

Se le suele llamar a este cap. de San Juan, la “Oración Sacerdotal” de Cristo a su Padre. Así ya implícitamente San Cirilo de A. (MG, 74, 505), pero el primero que le denominó así expresamente fue el protestante luterano Kochhaffe, muerto en 1600, que le tituló “*Praecatio Summi Sacerdotis: Oración del Sumo Sacerdote*. Sin embargo, no responde con exactitud al contenido. Por ello los autores le titulan más exactamente: “Oración de Cristo por la Unidad de la Iglesia” (M. Tuya, Bib. Com. II Evang. p. 1258, BAC, Madrid 1964). Pues Cristo describe aquí la naturaleza y sublimidad de la Unidad de la Iglesia. *Naturaleza y Contenido*.

Este cap. 17 en su conjunto es como una repetición del Prólogo. Y también como en el Prólogo, en este cap. 17 se

contienen las ideas centrales del IV Evangelio: la eternidad, la encarnación del Logos, la luz y las tinieblas, la resurrección y la gloria.

Se trata de una oración que el Hijo dirige al Padre como sacerdote. Es sobre todo una oración de Jesús al Padre *por nosotros* “para que todos seamos uno” (v. 21 y 23b).

Todo este pasaje está estructurado literariamente con una acentuada “inclusión semita”. La oración se desarrolla en tres círculos concéntricos. El primero es el *mismo Cristo*, que es el centro y el mediador. El segundo son los *Apóstoles* por El elegidos, que le rodean y que habrán de prolongar su mediación. El tercero son sus *Discípulos*, los creyentes futuros, la Iglesia apostólica futura. Por eso, la oración, partiendo de Cristo, se va dilatando progresivamente para llevarlo todo a Cristo y, por medio suyo, al Padre, en la gran unidad del amor que lo abarca y lo abraza todo.

División. En esta oración del cap. 17 de San Juan se distinguen claramente tres partes, a saber: a) Cristo ora al Padre por sí mismo (v. 1-5); b) ora por los Apóstoles (v. 6-19); c) ora por la Iglesia apostólica futura (v. 20-26).

Lectura bíblica. Evangelio de San Juan 17, 1-26.

Comentario. Cristo ora dirigiéndose directamente a su Padre. Y en esta su oración Cristo nos descubre ante todo la naturaleza y la sublimidad de la Unidad mística y social a la vez de la Iglesia, como nos lo refiere puntualmente San Juan en el capítulo 17 de su Evangelio.

En síntesis la oración de Cristo en esta primera parte (17, 1-5) es la siguiente: “Que el Padre glorifique al Hijo para que así el Hijo glorifique al Padre” v. 1-5. El mejor comentario de esta oración de Cristo son las palabras de San Pablo exaltando la “kénosis” de Cristo en Fil. 2, 5-11. Cristo pide aquí esta “glorificación” suya así para glorificar El al Padre. Esta “gloria” es su resurrección, o sea, su cuerpo glorioso irradiando la divinidad. Esta era como la piedra de toque de su misión. La señal que El había dado, tomándola de Jonás (Jn. 13, 31-32).

En segundo lugar, “El Hijo glorifica al Padre dando la vida eterna a todos los que El le dio” (v. 2), es decir, a Cristo le hace falta su “glorificación” en la resurrección para dar a todos “la vida eterna”, cumpliendo así su finalidad redentora.

Jesús, el Hijo de Dios, que ha obtenido del Padre el poder verdadero sobre “toda carne”, sobre todos los hombres, después de la resurrección, posee una vida —libre de espacio y tiempo— que ya nadie puede quitarle y además el poder de dársela a los demás. Es la “vida eterna”.

Respecto de este concepto conviene observar el diverso matiz que tiene en los Sinópticos y en San Juan. Los Sinópticos presentan “el reino de los cielos” o “reino de Dios” como el reino instituido por Cristo, pero destacando preferentemente el aspecto externo y de organización social del mismo. En cambio, en San Juan, tanto en su Evangelio como en su primera epístola, el reino se presenta bajo el concepto de “vida eterna”, con lo que se acusa preferentemente al aspecto interno y vital del mismo en el alma, vinculado a la fe (Jn. 6-40).

Por eso finalmente añade: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo” (v. 3). Este “conocimiento”, que aquí se dice constituir la “vida eterna” es, en la enseñanza de S. Juan, un conocimiento vital, íntimo y amoroso, no abstracto. Es un conocimiento que es vida (Jn. 3, 1-14-21; 8, 55; 10, 15; 16, 3; 1 Jn. 5, 20). Y se pone en la misma línea la fe en el Padre y en el Enviado, Jesucristo. Quien tiene, pues, también un conocimiento exacto, una incondicional aceptación de Cristo, como Palabra de Dios, tiene la vida eterna.

Cristo ora por los apóstoles. 17, 6-19. Esta es la segunda parte de la Oración sacerdotal de Cristo. Conviene destacar aquí en primer lugar los *motivos* y en segundo lugar el *contenido* de la oración por los apóstoles.

a) *Los motivos* (v. 6-10). Los apóstoles pertenecen a Dios de un modo especial, y este es el primer motivo. “Tuyos eran y tú me los diste” (v. 6). Lo eran como criaturas y como piadosos israelitas que esperaban al Mesías. Pero sobre todo lo son siempre por una “elección” que el Padre hizo y sigue haciendo de ellos para su misión apostólica (Jn. 6, 37-44-65). Y estos hombres que así pertenecían privilegiadamente al Padre, han sido dados por el Padre al Hijo. Se los dio a Cristo para que recibieran de El su “mensaje” —hablándoles de Dios de manera especial— y fuesen sus “apóstoles”: los continuadores de su obra. Con la “elección”, el “llamamiento” y la especial “revelación” de Dios, los apóstoles son especial propiedad divina.

El segundo motivo proviene de los discípulos mismo: “Ellos guardaron tu palabra” (v. 6d.7.8). Es decir, el “mensaje” de Cristo. Hombres de fe, los apóstoles han llegado al verdadero conocimiento del Padre y han creído, que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. La palabra de Dios está realmente viva en ellos. Y así El “ha sido glorificado en ellos”, —el Maestro en los discípulos— al reflejar estos las enseñanzas recibidas (v. 10). Tales son los apóstoles, máxime frente a la indiferencia u hostilidad del “mundo” (Jn. 6, 66).

Y aquí apunta ya el tercer motivo: “Yo ya no estoy en el mundo; pero ellos están en el mundo” (v. 11a). Estos hombres, especial propiedad del Padre y por voluntad divina, también del Hijo, quedan ahora en medio de un mundo hostil, y huérfanos de su Pastor. De ahí la oración de Cristo por ellos. Los Hechos de los Apóstoles han demostrado suficientemente la eficacia de esta oración de Cristo.

b) *El contenido de la oración de Cristo por los apóstoles.* ¿Qué es lo que pide Cristo para los apóstoles? Se encontraba entonces en los comienzos de la historia de la Iglesia. Cristo tiende su mirada lejos, hasta el último día. ¿Y qué es lo que El espera de sus apóstoles de todos los tiempos, lo que El pide para aquellos, que con la ayuda de Dios, deberán distinguirse como continuadores de su obra, como jefes y sostén de su Iglesia?

Su oración tiene aquí dos temas fundamentales: a) que los “guarde” para que sean “uno” (v. 11-16); y b) que los “santifique” en la “verdad” v. 17-19).

a) “¡Guárdalos!”. Esta primera parte de la plegaria es como el aspecto “negativo” de la misma. Hasta ahora los ha guardado El mismo. El constituía su centro. Pero en su ausencia, Cristo pide al Padre que los “guarde” de todo mal. Les hace falta esta protección contra el “mundo” hostil. Pero Dios, y solo El, es su apoyo y su defensa, la roca sobre la cual nos apoyamos, el muro que nos rodea, la fuerza vital que renueva de continuo nuestra juventud. (Cfr. estas ideas en los Salmos, *passim*).

b) “Santifícalos”. En esta segunda parte predomina el aspecto “positivo” de santificación. Solamente Dios es el Santo. Los hombres son consagrados y santificados por Dios. Cristo dice aquí que se “santifica” a sí mismo para que los apóstoles sean “santificados” en “la verdad”.

En síntesis el pensamiento es este: Cristo se “consagra” victimalmente al Padre para merecer el que sus apóstoles sean “consagrados”, dedicados *verdaderamente* a lo que pide para ellos. La “consagración” que Cristo pide para ellos, lo que Cristo ruega al Padre por sus apóstoles, es que los “consagre” en la Verdad y para la Verdad. El mismo lo dijo: “Yo soy la Verdad”. En su sacrificio “mereció” esta inmovible permanencia y comprensión de los apóstoles de la verdad y en la verdad. Y en esa “santificación” se incluyen todas las gracias y asistencias, externas e internas, que son necesarias para estar consagrados verdaderamente en la verdad.

En resumen, Cristo pidió para sus apóstoles de todos los tiempos Espíritu de fortaleza, de paz, de santidad, y de verdad, por el que permanezcan constantes en la fe y en la confesión del Padre y del Hijo, dominadores del mundo y del maligno, fuertemente unidos entre sí y fortalecidos e iluminados con el carisma de la verdad (17, 6-19).

Cristo ruega por la Iglesia apostólica futura (17, 20-26).

Esta tercera parte de la oración de Cristo es por la Iglesia apostólica: “por cuantos creen en mí por su palabra” (v. 20), por la palabra de los apóstoles. Cristo contempla la multitud de sus discípulos de entonces, de hoy y de siempre. Es el gran Orante en medio de los suyos, que son muchos y se dispersan fácilmente. Por eso pide ahora con insistencia que sean una sola cosa y vivan en la UNIDAD.

Cristo pide para su Iglesia la UNIDAD: “Ut omnes unum sint” (v. 21). Ante todo la más alta y la más sublime unidad. La unidad mística y sobrenatural. “Que todos sean uno. Como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, para que también ellos sean una sola cosa en Nosotros” (v. 21). Que quiere decir este “en Nosotros” lo explica en el v. 23: “*Yo en ellos y Tú en Mí*, para que sean consumados en la unidad”. Es una unión doble: de los fieles entre sí y en unión con el Padre y el Hijo. Unión que ha de estar calcada en la unión del Padre y el Hijo encarnado.

Dios es el principio unificador, pero a través del Dios humanado. La unidad de la Trinidad ha sido reproducida en la tierra en la unidad “de los muchos”, en la Iglesia, y se acen-túa en El: “Yo en ellos”, Cristo en nosotros. Y cómo será “Cristo en nosotros” lo explica el v. 22, pues el ritmo del pensamiento aquí se cruza, se repite y se entrelaza: “Yo les he

dado *la gloria que Tú me diste*, para que sean uno, como Nosotros somos Uno”.

Llegamos aquí a la cima más alta de la Unidad en la Iglesia de Cristo. Esta “gloria”, que Cristo recibe del Padre y El comunica a los fieles es la *divinidad*, como vemos en otros pasajes de esta misma oración sacerdotal 17, 5, 22, 24. Como leemos en el Prólogo del Evangelio de San Juan: “a los que creen en el Hijo los hace *“hijos de Dios”* (J. L. 12, 13). Es decir, por la unión hipostática, el Padre le hizo a Cristo el ser verdaderamente su Hijo. Los hombres —“hijos de Dios”— participan de “la plenitud de la gracia de Cristo al ser “hijos de Dios”, es decir *participan* la *naturaleza divina*. Conforme al espíritu literario de San Juan tenemos que la palabra “gloria” es igual a *filiación divina* y expresa la filiación divina “*natural*” de Cristo, y también la filiación divina “*participada*” de los fieles.

Esto supuesto se explica y bien cómo esa “gloria” produzca la unión, la más alta “unión” de los creyentes. Ya que la gracia —participación de la naturaleza divina, esto es, de esa “gloria”— lleva consigo la caridad sobrenatural, que es la unión del hombre con Dios y con los demás hombres (1 Jn. 3, 13-23; 4, 7-21; 1 Cor. 10, 17). Se trata, pues, de una unidad sublime, que se hace mediante la efusión de la vida divina, que del Padre desciende a Cristo, y de Cristo Cabeza nos llega a nosotros los miembros mediante la comunión del Espíritu vivificante por la gracia y el Amor.

Ciertamente se trata aquí de una unidad mística y sobrenatural en primer lugar, cuyo principio es la unidad de Cristo Cabeza y la unidad del Espíritu vivificador.

Pero Cristo ora aquí por su Iglesia apostólica futura y pide para ella también la *unidad externa social y jerárquica*. Pues Cristo ora no sólo por los apóstoles, sino por todos los creyentes futuros: “Pero no ruega sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por su palabra” (v. 20). He aquí gráficamente expresada la unidad externa y social cuyo principio inmediato es el magisterio vivo —la palabra de los apóstoles— a los cuales Cristo enviaría a predicar por todo el mundo.

En síntesis, claramente vemos aquí en esta tercera parte 17, 20-26 la oración de Cristo por la Unidad —interna y externa— social y sobrenatural de su Iglesia.

El *modelo* de la Unidad es Dios mismo. Padre e Hijo son dos Personas y, sin embargo, son un solo Dios.

La *causa* de la Unidad es Cristo Cabeza. La infinitud divina les es comunicada a los discípulos a través de Cristo, al participar de la “plenitud” de la gracia de Cristo y así participan la naturaleza divina.

El *fin* de la Unidad es el conocimiento de Dios para aquellos que están fuera: “Para que el mundo crea que Tú me enviaste” (v. 21, 23). Si los hombres ven, que a pesar del egoísmo humano, los cristianos son una sola cosa en Cristo, tendrán objetivamente que reconocer la grandeza de Cristo, y que el Padre le envió, pues tal obra de unión suprema realiza.

Finalmente *la perfección de la unidad* es un don de Dios: “Que sean perfectos en la unidad y así conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a Mí” (v. 23). El misterio más profundo es el amor. Y el Amor, que es la esencia de la Santísima Trinidad, se comunica a los hombres y une a todos los creyentes en una perfecta unidad. Esta y no otra es la Iglesia de Cristo, *unificada* —¡sublime unidad!— por el Amor de Dios.

Cristo pide la Unidad para su Iglesia futura. Y la pide con una oración que es absolutamente, infaliblemente eficaz.

En primer lugar atendida “*la Persona que pide*”: Es el Hijo mismo de Dios el que pide al Padre, que “siempre le escucha”, como dijo El mismo cuando la resurrección de Lázaro: “Padre, te doy gracias, porque me escuchaste. Yo bien sabía que siempre me escuchas” (Jn. 11, 41-42).

En segundo lugar dadas las “*circunstancias de su oración*”: Cristo ora aquí en ocasión solemnísimas, acaba de instituir la Eucaristía, cuando está a punto de subir a la cruz, y va a salir del mundo y volver al Padre.

Y finalmente los “*motivos de su oración*” como ya vimos algunos: La obra consumada totalmente, la gloria dada al Padre con esta unidad de la Iglesia, la situación de los discípulos a merced de un mundo hostil, la prueba apologética de la misión de Cristo, derivada de la unidad que resplandecerá en la Iglesia apostólica futura.

CONCLUSION

En resumen Cristo en su oración sacerdotal pide tres cosas fundamentalmente, a saber: Su propia “glorificación”; la “santificación” de sus apóstoles; y la “Unidad” de su Iglesia. Aho-

ra bien las tres las pide de la misma manera absolutamente eficaz, infaliblemente eficaz.

Por los Hechos de los Apóstoles conocemos con toda certeza que Cristo recibió del Padre su primera petición, es decir el Padre le “glorificó” espléndidamente al Hijo el día de su gloriosa Resurrección (1, 1-11).

Y son también los Hechos de los Apóstoles los que nos dicen que el Hijo glorificado ya en los cielos envió, como lo había prometido, el día de Pentecostés, al Espíritu Santo sobre sus apóstoles y discípulos, el Espíritu de Verdad, de Santidad, de Fortaleza, de Amor y de Unidad. Que era justamente su segunda petición (Hech. 2, 1-47; cfr. Jn. 17, 6-19).

Por tanto, y la conclusión es legítima, si la oración de Cristo fue absolutamente eficaz en sus dos primeras peticiones, lo es también en la tercera: *la Unidad de su Iglesia*.

Concluamos, pues, con el Concilio Ecuménico Vaticano II: “Este es el santo Misterio de la Unidad de la Iglesia, en Cristo y por Cristo, produciendo el Espíritu Santo la variedad de dones. El ejemplar supremo y el principio de este misterio es la unidad en la Trinidad de Personas del único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo” (UR. 2).

Y con Cristo oremos al Padre: “*QUE TODOS SEAN UNO*”.